

EL JOVEN MISTERIOSO

CUENTO PARA LAS NIÑAS

En el pintoresco pueblo de C. se encuentra lindando con el campo y al lado del camino una preciosa casa de recreo, que por la elegancia y el gusto de su construcción contrasta de un modo notable con las humildes viviendas de los vecinos. Fué mandada edificar por un aristócrata que solía pasar en ella algunos días en el verano, y que arruinado por sus gastos desmedidos, se vió obligado á venderla, comprándola un caballero que al retirarse de los negocios la escogió para tranquila morada en el resto de sus días.

Tenía este caballero dos hijas, Laura y María, sumamente parecidas físicamente, pero muy distintas en aficiones y manera de pensar. Era María alegre y sencilla, y con cualquier cosa se creía feliz, por lo que en la cómoda existencia que allí le proporcionaba la desahogada posición de su padre, jamás envidiaba los encantos de la vida de la corte. Su hermana Laura, de muy buen fondo é incapaz de hacer el menor daño á una mosca, no tenía más defecto que una afición decidida por la lectura de novelas, y como tenía la facilidad de encontrarlas á mano en la biblioteca de su padre, se hartaba de leer, hasta el punto de que su carácter se hizo soñador y tomó un tinte romántico que á ella le parecía del mejor gusto, y sin embargo, estaba bien cerca de lo ridículo. Algunas veces su hermana María trataba de disuadirla de su monomanía y procuraba borrar las extravagantes ideas que en el alma cándida de Laura engendraban aquellas *interesantes* lecturas; pero como Laura se solía disgustar por esto, la dejaba con su tema por evitar cuestiones.

Una tarde estaban bordando en su mirador, que dominaba el camino, y Laura permanecía grandes ratos abstraída y con la mirada fija; por fin María se decidió á averiguar qué nueva tontería preocupaba á Laura y le preguntó la causa de su estado.

—Si me ofreces no reírte, como otras veces, de lo que tú llamas mis sueños, te lo diré, advirtiéndote que ahora no se trata de figuraciones, sino de un hecho.

Esto dijo Laura de un modo tan misterioso, que, excitada la curiosidad de María, la respondió:

—No temas que me burle. Cuenta, pues, ese hecho, que á los hechos hay que mirarlos con la mayor formalidad.

—Pues bien, hace ocho días, cuando caía la tarde, estaba yo apoyada en la balaustrada de este mirador contemplando tristemente cómo el sol se hundía en el ocaso, cuando percibí á lo lejos el rodar de un coche.

—¿Un coche ó un carro?

—Un coche.

—Es extraño en este pueblo.

—Todo lo que voy á contarte es bien extraño.

—Prosigue.

—Se fué acercando el ruido y ya pude distinguir una elegante carretela ¡en la que venía un joven!

—¿Estás segura?

—Lo vi con mis propios ojos. La carretela venía sumamente de prisa, y al pasar por debajo de mis miradas se quitó el sombrero el joven, y haciéndome un gracioso saludo me dijo...

—¡Ah! ¿Conque te habló?

—Me dijo: «No puedo detenerme; dentro de ocho días vuelvo», y siguió á escape el carruaje, que se perdió de vista tras de los últimos álamos del camino.

—Laura, hermana mía, ¿estás segura de no haber soñado eso que dices?

—Segurísima, y espero que hoy, que cumple el plazo, vuelva, y...

—¿De modo que, según tu modo de ver, dentro de breves momentos, pues que no falta mucho para anoecer, se presentará el incógnito caballero?

—Me lo dice el corazón.

—¡El corazón y todo! ¡Mire usted qué cosas dicen á lo mejor los corazones...!

—Ya sabía yo que tomarías á broma mis palabras...

—Pero, hija de mi alma, si dices unas cosas...

—Que son verdad.

—Sí serán.

—¡No serán... son!

—Como quieras; pero, mira, todo se puede arreglar a gusto de las dos: tú síguelas creyendo, que yo las seguiré...

—Dudando, ¿verdad? Pues bien, cuando... ¡Ah! María, María, mira allí aquella polvareda, ¿ves?

—Sí, ¡algún carro!

—Un carro no puede levantar ese polvo.

—Tienes razón; no sé lo que será.



—Yo sí.

—¿El caballero de la carretela?

—¡Es él! ¡es él...!

Miró María, y vió efectivamente que se acercaba una carretela con un joven dentro, y dijo á su hermana:

—Voy creyendo que tienes razón, y me maravilla tanto el suceso, que, con tu permiso, pienso presenciar la escena *entre bastidores*, colocándome en la parte de adentro del mirador.

Laura se apoyó sobre la balaustrada, adoptando una sentimental y estudiada postura, y el carruaje se fué acercando.

Al llegar debajo del balcón, se apeó el lacayo y sujetó del diestro al caballo.

El joven se levantó de su asiento, y de pie en el coche, saludó.

En aquel momento millares de ideas se agolparon á la soñadora imaginación de Laura. ¿Quién sería aquel hombre que de tan extraña manera se presentaba? ¿No sería uno de esos duques ó príncipes que, viajando de incógnito, se habría prendado de su hermosura y vendría á *rendir un corazón á sus plantas*...? ¡Qué frases la iba á decir! ¡Qué de lisonjas! ¡Qué de poéticas comparaciones!

Por fin el joven habló.

—Señorita—la dijo,—cuando hace ocho días pasé por aquí iba únicamente al pueblo de B. á tomar el tren, pues no había pensado detenerme en este punto, por no creer que hallaría una persona tan distinguida como usted. Mis negocios se hubieran perjudicado si alteraba mi itinerario, y perdía el tren de aquella noche, y por eso no me detuve; pero hoy puedo hacerlo. Aquí tiene usted, señorita, la verdadera *Crema de Persia* para blanquear el cutis; el *Manto de la Noche del Brasil* para ocultar las canas; la *Planta legítima de Chipre* con savia de castaña indígena. Un completo surtido en artículos de tocador: peines, crepé, añadidos, bucles, sortijillas, pelucas, etc...

Laura, encarnada como la grana y casi llorando, se retiró del mirador.

¡Qué desencanto! Aquel soñado príncipe misterioso era ni más ni menos que un corredor de perfumería que le ofrecía remedios para defectos y fealdades.

María comprendió que era suficiente el desengaño, y no quiso aumentar el pesar de su hermana con nuevas bromitas sobre el particular.

Laura, desde este día, fué cambiando poco á poco hasta reformar su extraño carácter, y nunca olvidó la rara aventura del *joven misterioso*... y perfumista...

L. DE CH.

DIBUJO DE MEDINA VERA



UN DEVOTO

CUENTO

Iba un fraile capuchino por un camino apartado y vió un hombre arrodillado ante una cruz del camino.

En su rostro se veía la expresión de un vivo anhelo: ya humilde besaba el suelo, ya en cruz los brazos ponía.

En tal sitio, tal fervor al padre le chocó tanto, que dijo:—O el mozo es santo, ó es un grande pecador.

Mas fervor tan evidente miraba el fraile con gusto, ya fuera piedad de justo, ya dolor de penitente.

Cuando estuvo ya cercano á la cruz el capuchino, le vió el hombre y luego vino para besarle la mano;

mas en tan triste actitud, que el padre entonces le dijo:—Reza y no desmayes, hijo, que rezar es gran virtud.

Muchos son en este suelo los pesares que nos hieren; pero por grandes que fueren, tendrán tus penas consuelo.

—Yo, padre—dijo muy bajo el devoto en voz melosa,—pido á Dios solo una cosa: ¡que me procure trabajo!

—Bien; que el ser trabajador aleja al hombre del vicio. Y diga: ¿cuál es su oficio?

—¡Padre, pues... enterrador!

—¡Devoto de Barrabás! ¿No miras que orando así pides el bien para ti con daño de los demás?

—Ay, padre, ¿por qué se exalta? ¿Pues no predicásteis vos que cada cual pida á Dios aquello que le hace falta?

—Cierto, pedazo de atún, y lo vuelvo á repetir; por eso debes pedir á Dios... *sentido común*.

C. L. DE C.



ANIMALES UTILES

EL CERDO

Todavía es costumbre entre la gente del pueblo, cuando tiene que nombrar al cerdo, anteponer la frase *con perdón*, como si el dar á este doméstico y utilísimo animal su nombre propio constituyera una falta de respeto á las personas con quienes se habla. Quizá esta costumbre proviene de los antiguos tiempos, en que era considerado el cerdo

como animal inmundo y estaba prohibido comer su sabrosa carne. Tal sucedía en el pueblo hebreo y sucede entre los árabes.

Es el cerdo el animal que tiene más nombres en castellano, ninguno de ellos limpio, por cierto: cerdo, cochino, marrano,



gorrino, puercos y lechón. Únicamente deja de adjudicársele el calificativo de *sucio*, quizá por no encontrarle bastante enérgico.

La verdad es que el cerdo no es nada simpático por su figura, ni por el ansia de su glotonería, ni por el poco escrúpulo con que se revuelca en sucios lodazales; pero en cambio no es nada exigente para sus comidas, y de las sobras y desperdicios que nadie quiere se alimenta y engorda, ofreciendo al hombre abundante provisión con su cuerpo, que no tiene desperdicio.

Suele compararse al cerdo con el avaro, que á nadie es útil ni agradable hasta que se muere. La muerte del cerdo, que llamamos *la matanza*, constituye una fiesta. Reúnense las familias para ayudarse en las múltiples operaciones de esta utilísima faena, y con festines y bailes se celebra.

El cerdo, á pesar de su histórica condenación, de su fea figura y de sus poco aseadas costumbres, es uno de los animales que prestan al hombre mayor utilidad.

¡Lástima grande que la trichina habite en el cuerpo de este animal sabrosísimo y se propague á la persona que come su carne, lo cual obliga á tener gran cuidado en la carne de cerdo que se compra, y sobre todo á abstenerse de comerla sin que la cocción haya destruído los gérmenes de aquel parásito!



CARTAS DE DOS MUNECAS

II
ROSA A ESMERALDA

Querida hermana: Mucho te agradezco el cumplimiento por tu parte de nuestra mutua promesa de escribirnos, y celebro saber de ti; pero permíteme que te diga que no estamos conformes en la manera de apreciar las cosas. Tú te felicitas de haber salido de aquel escaparate y haber entrado en la vida de familia, y yo lo siento. Tú has tenido la suerte de ir á vivir á una casa de personas ricas, y nada te



faltaré; pero yo soy muy desgraciada y he venido á parar entre personas de una posición modesta. ¡Ay! no puedes figurarte lo sensible que me es cambiar así de situación, después de estar acostumbrada á alternar con muñecas elegantísimas, y tener que vivir hoy con esos niños, que no se visten más que los domingos con buena ropa y los demás días de la semana llevan un traje humilde.

Cuando llegué á esta casa, por mi desdicha, empezaron mis disgustos, pues toda la familia quiso examinarme y he andado de mano en mano, fastidiada de tanta curiosidad. ¡Qué gentes! ¡Parece que no han visto en su vida una muñeca vestida con *chic*! Esta familia se compone de una mamá que no es vieja ni fea, pero que no tiene apenas maneras elegantes y es humilde y parece tonta; un padre todo calvo, con anteojos, que no sabe más que estarse todo el día en el despacho y dar besos á los chicos, que son Juana y Pepe. ¿Ves qué nombres tan vulgares? La niña tiene nueve años y el chico trece, y á pesar de su edad, parece un niño de dos años, jugando siempre con su hermana y diciendo tonterías. Conmigo está muy amable, pero yo no le hago caso.

Ayer me dieron de comer los dos hermanos: me pusieron una mesita pequeña y unos platos y un cubierto de plomo: ¡ya ves, de aquellos ordinarios que se vendían tan baratos en nuestra antigua casa! ¡Oh! ¡Es muy *cursi* esta gente!

Pero no te he dicho lo más grave: hay en esta casa de mis pecados una criada, tan mal criada y tan consentida por sus amos, que alterna y juega con nosotros y no tiene reparo en tocar con sus manazas ásperas mi traje de raso. He sabido que la familia de Juana recogió á Felipa, que así se llama la doméstica, cuando se quedó huérfana de muy niña, y que la tomaron cariño. ¿Pero qué tenía que ver el cariño con la consideración que debía tenernos á los que no somos de su clase?

Escríbeme, amiga Esmeralda; escríbeme, hermana mía, y ten lástima de mi suerte.

He leído con gusto el relato que me haces de las *maravillas* del mundo, y deseo conocer las que faltan. Adiós; sabes te quiere tu segura servidora q. b. t. m.,

ROSA

P. D. Después de escrita ésta, sé una triste noticia: se trata de tenerme encerrada, guardada, sin salir más que los días de fiesta. ¿Por qué dirás? Porque no se estropee mi traje. ¡Serán ruines!

LOS TRAJES ANTIGUOS

EGIPTO

La prenda más característica del traje que usaban los egipcios era el *schenti*, que consistía en un trozo de tela de metro y medio de largo, que se ceñía á las caderas sostenido por un cinturón de cuero. Esta prenda sencilla y única en la gente de clase humilde, tenía en las más elevadas un corte más cuidado y estaba plegado hasta la mitad de su longitud, y las personas de regia estirpe usábanlo adornado de oro.

Con el tiempo fué cambiando su primitiva hechura y se cortaban sus extremos en forma de alas del gavián sagrado, y de la cintura caía por la parte de delante un trozo del ancho y adornado cinturón.

Los *elegantes* de aquella época gastaban, además, una especie de falda corta hasta media pierna, plegada con escrupulosa simetría y muy hueca. Una túnica sin mangas y otra con ellas de tejido muy fino, completaban el traje de las personas acomodadas. Cuando el refinamiento era mayor, esta túnica era mucho más amplia y parecía una falda colgada de los hombros por dos anchos tirantes.

Tenían los egipcios, como todos los pueblos orientales, la costumbre de afeitarse la cabeza, y para salir á la calle se ponían una gran peluca formada de fibras de plantas y crin.

Cubrían también los egipcios su cabeza con el tocado llamado *claf*, trozo de tela que se ceñían á la frente por su borde, dejando caer el resto sobre la espalda y los hombros. Encima de la frente llevaban el *ureus* ó serpiente simbólica.

El calzado lo constituían las sandalias, tejidas con fibras del *papyrus*, que solían llevar con la punta vuelta hacia arriba los reyes y grandes sacerdotes.

Las mujeres llevaban muchas sortijas, brazaletes y arracadas de oro y piedras preciosas y collares de muchas vueltas



LAS GRANDES CIUDADES



MILAN. LA PLAZA DEL DUOMO Da nombre á esta hermosa plaza de Milán el *auomo* ó catedral, de mármol blanco, comenzada á construir en 1386, uno de los mayores templos de Europa. Es gótica y tiene cinco naves. Mide ciento cuarenta y cinco metros de largo, cincuenta y siete de ancho y cuarenta y ocho de altura. La cúpula se eleva á sesenta y ocho y la torre á ciento ocho. Adornan sus fachadas unas dos mil estatuas de mármol.

ANECDOTAS

Solicitaba un pobre hombre una audiencia del rey de Francia Luis XIV, y no la podía lograr. Uno de los días que el hombre fué á Palacio se fijó en él el duque de Roquelaure, que llegaba á la sazón, y vió que el pretendiente era bastante feo. Le cogió entonces de un brazo y le condujo á la presencia del rey, á quien dijo:

—Señor, me permito introducir en la regia cámara á este súbdito de V. M., y le recomiendo con el mayor interés su pretensión porque le estoy sumamente agradecido.

—¿Pues qué gran favor os ha hecho este hombre?—preguntó el rey.

—Miradle bien, señor—respondió el duque;—si no fuera por él, sería yo el hombre más feo de Francia.

Un estudiante que no tenía un cuarto al regresar á su pueblo, llegó á la orilla del río que había que atravesar en la barca para continuar el camino, y le dijo al barquero:

—Buen hombre, da la casualidad de que no llevo un céntimo encima; pero si usted me hiciera el gran favor de pasarme en la barca, le diría á usted un secreto que le valdría dinero.

—¿Mucho?

—Más de lo que usted cree.

—Pasa, muchacho, y sea lo que Dios quiera.

Entró en la barca el estudiante, pasaron el río, y cuando estuvo en la orilla opuesta, exclamó:

—¡Lo prometido es deuda!

Se acercó con gran misterio, y hablándole al oído, le dijo:

—Si quiere usted que su trabajo le produzca siempre, no pase usted á nadie de balde, como á mí.

NUESTROS CONCURSOS

EL CABALLERO DEL GABAN

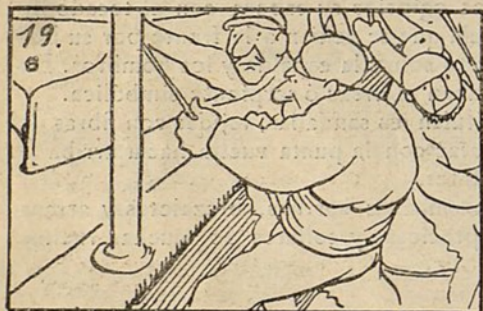
Es preciso averiguar la categoría que tiene este caballero en uno de los Cuerpos del Estado; y para ello hay que tomar la primera



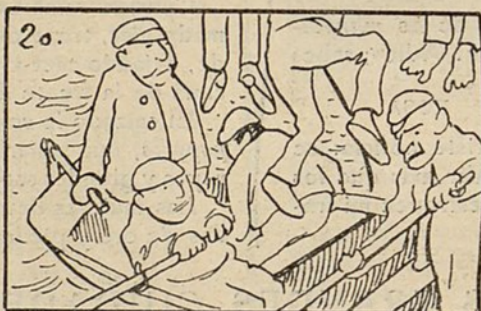
letra de cada uno de los objetos que le rodean y combinar con ellas la palabra que se busca.

Las soluciones se remitirán al Director de GENTE MENUDA, Serrano, 55, Madrid, hasta el 15 del actual. Entre las que contengan exactamente la palabra se efectuará un sorteo para adjudicar al favorecido un bonito juguete.

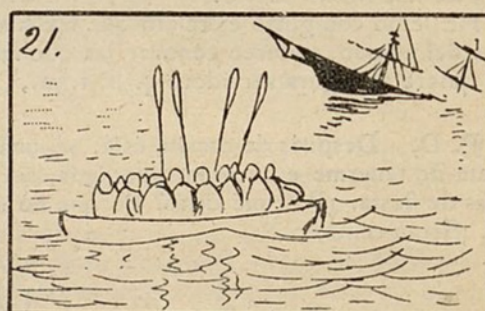
EL REGALO DE BOBI EL GRUMETE (CONTINUACIÓN)



El barco estaba inservible, y el capitán ordenó que se botara al agua la única chalupa.



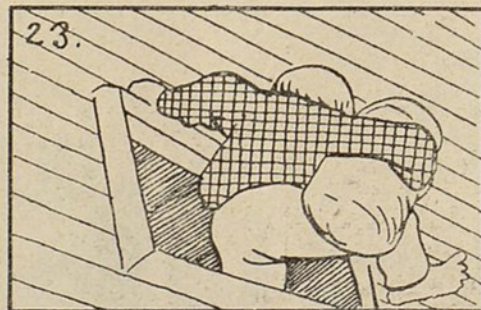
El tiempo abonanzó, por fortuna, y con el mayor orden la tripulación se fué arrojando al bote.



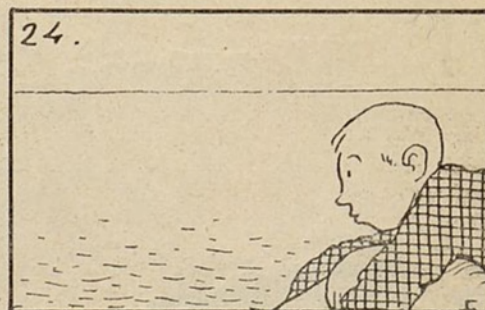
Ya en salvo, se celebró consejo para resolver qué rumbo habían de seguir.



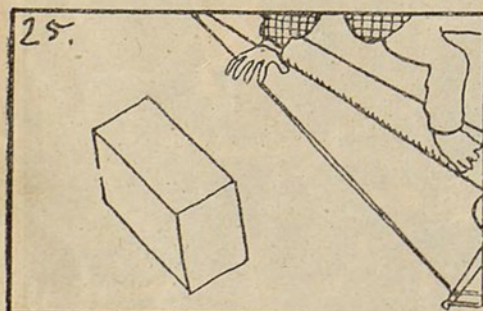
Se contaron los tripulantes y se vió que faltaba uno. ¡Bobi se había quedado á bordo!



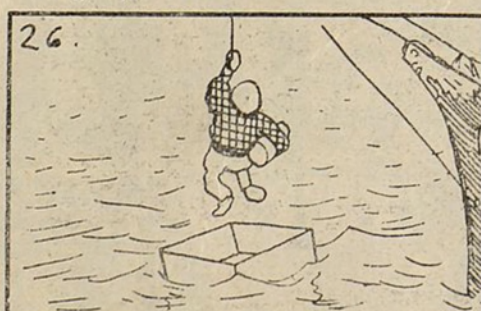
El grumete, al darse la orden de abandonar *El Salamandra*, corrió á la cámara á recoger el regalo para su madre.



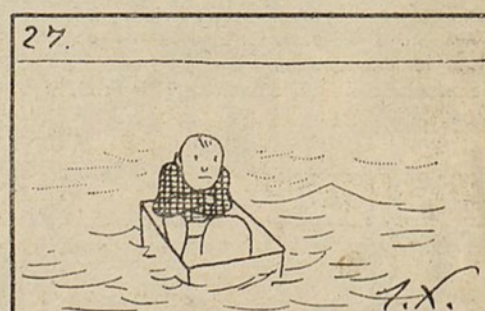
A poco vió con asombro que la chalupa era ya un punto en el horizonte.



Bajó nuevamente á la bodega, cogió unas galletas, una botella de vino y un cajón vacío, que arrojó al agua.



Se deslizó por un calabrote con sus provisiones y sin abandonar el regalo, y cayó en el cajón.



Momentos después *El Salamandra* se sumergía, mientras Bobi bogaba en su embarcación improvisada.

SUPLEMENTO DE «A B C» DIARIO ILUSTRADO)

(Continuará.)